

RÉQUIEM POR LA MAESTRA

A LUCILA GÓMEZ

Flor Romero

Los pajaritos trasiegan el aula de clases, vuelan de una viga a la otra, estrangulando telarañas, engullendo hormigas, espantando salamandras. Están desasosegados.

El pechiamarillo, que llaman John Jairo, mira azorado a su vecino, un pájaro rojo brillante, con alas negras, que apodan Cardenal Tacuará, mientras un tercer saltador, un negro de pecho reluciente, Feo Carranza, que algunos confunden con un firiguero o una mirla mañanera, recoge grillos en el pasto para llevar al nido de sus polluelos, instalado en una palma viajera.

Acertaron a entrar por la ventana de la enramada bordada de buganvillas una guacharaca que pregona llamarse Liberata Bulla y un canario vagabundo de plumaje verdoso, de nombre Marcial Lemayá, que se contoneaba junto a un azulejo lustroso, Plutarco Taravita. Finalmente hizo su entrada el toche Juan Alfeñique, que no cesaba de silbar. Los pajaritos de Cocorná parloteaban, chillaban, rezongaban, pues la maestra Ana no había llegado esa mañana a la clase prometida.

—Algo raro le ocurrió. Ella, tan cumplida, no puede estar retardada dijo John Jairo, el pechiamarillo de alas grisosas.

—Algo extraño pasó —gritó Cardenal Tacuará mientras descendía a un charco de agua, para remojarse el plumaje.

—Estos silencios presagian algo muy maluco —gritó Feo Carranza, descendiendo al gramal para es-carbar unos cuantos grillos—. No quiero ser pájaro de mal agüero pero para mí que algo horrible le ocurrió a la maestra de nuestra vereda.

—Todo lo que sé es que en el camino vi a unos hombres enmontados llevarse a Ana sujeta en sus brazos fortachos mientras le gritaban: “Si no mata a ese hombre, Exenober Quintero, la muerta será usted. Ella tímida les replicó: “Pero ¿cómo quieren que acabe con él si no me ha hecho ningún mal? Además, mi tarea no es la muerte, es enseñar, dar vida a

los niños”. “Es cosa suya”, le replicaron y la entraron al monte a empujones.

—Creo —remachó la guacharaca— que le dieron un plazo de horas para cabar con la vida de Exenober, su enemigo.

—Ahora sí se nos cortaron las clases de canto, las de sociales, las de alimentación, las de salud, las de comportamiento, porque sin ella ya no seremos los mismos —argumentó el canario vagabundo Marcial Lemayá.

—Esperemos a ver si esos enmontados se conmueven y nos la vuelven a prestar por otros días —dijo con canto de esperanza el azulejo lustroso Plutarco Taravita.

—Es mejor no ser tan confiados y volar ya a ver qué ha ocurrido. Hablemos con su hija, la que ella cuidaba tanto. Debe estar en la escuelita del pueblo —sugirió en tono agudo el toche Juan Alfeñique.

Y pronto los pajaritos hicieron la excursión desde la vereda El Jordán hasta Cocorná para interrogar a la niña Manuela Leal del Ojo. La encontraron bañada en lágrimas. Ni les contestó los gorjeos de saludo.

—¿Has tenido alguna pista sobre tu madre, nuestra querida maestra Ana?

—Solo sé que se la llevaron y que la tienen amenazada. Estoy desconsolada. Ya no puedo pensar en otra cosa. Ya no puedo dormir. Mis horas de tranquilidad se terminaron. Empiezo a morir antes de vivir.

—Nosotros te protegeremos. Pero antes tenemos que dar con su paradero. Vamos a gritar por todo el monte hasta ensordecer los aires. Iremos cantando el estribillo por todos lados. Eres la razón de mi vida.

—Pero ¿es que ustedes, inocentes pajaritos, creen que los enmontados tienen corazón? —arguyó la pequeña.

—¿Cómo no si nacieron de mujer? ¿O es que usted, querida Manuela Leal del Ojo, cree que nacieron del polvo mañanero?

—No lo sé; quizá nacieron de una probeta, de un laboratorio, de una jeringa, y, claro, el alma se quedó por fuera.

—Allí —gritó en tono estridente la guacharaca—. Allí cerquita, junto al recodo del camino, veo su cuerpo. Es la misma, con sus cabellos negros largos, sus labios bien delineados, su frente amplia. Sólo que la veo durmiendo.

—Ay, Manuela, no desesperes, ella debe estar vigilando tus horas. Nunca te abandonará y nosotros seremos tus guardianes hasta que amanezcamos disecados en un árbol o ahogados en cualquier aljibe.

La niña se aferró a la fotografía de la madre que salía de un portarretrato de madera tallada. Aparecía con la mata de cabellos sueltos sobre los hombros y ojos asombrados.

—¡Santa Ana, no me abandones. ¡Apenas tengo nueve años y no sé qué camino coger!

El coro de pajaritos la consoló:

—Irás por todos lados pregonando la paz, aplacando violentos, y como tu madre serás mentora de niñas como tú por toda la eternidad.

Los pájaros trataron de calmar a la pequeña, pero en un descuido volaron a internarse en la selva, y a los matones de su amada maestra les sacaron los ojos.

—No merecen ver, deben quedar ciegos, porque ciegos han sido siempre alegraron los pajaritos.

Los campesinos los vieron limpiándose aquellos picos acerados sobre las alas brillantes, antes de volar en escuadrón para irse a dormir al mamoncillo vecino.

—Las maestras no deben morir. Ellas son eternas. Están colgadas en nuestra memoria para siempre —agregó el pechiamarillo.

—Ellas son nuestras mentoras —remachó el azulejo.

En la noche oscura, iluminada por cocuyos, se siguió escuchando el estribillo:

—Ellas son nuestra conciencia y nuestra luz.

Bogotá, 27-4-2003 ■